

*en días, ni anciano que no cumpla sus años, porque el de cien años mozo perecerá, y el que de cien años pecador fuere será maldito. Edificarán, y morarán: plantarán viñas, y comerán de sus frutos. No edificarán, y morarán otros: no plantarán, y será de otro comido. Porque conforme á los días del árbol de vida, será el tiempo del vivir de mi pueblo. Las obras de sus manos se envejecerán por mil siglos. Mis escogidos no trabajarán en vano, ni engendrarán para turbación y tristeza. Porque ellos son generaciones de los benditos de Dios, y es lo que de ellos nace, cual ellos. Y será que antes que levanten la voz, admitiré su pedido, y en el menear de la lengua yo los oiré. El lobo y el cordero serán apacentados como uno, el león comerá heno así como el buey, y polvo será su pan de la sierpe. No maleficarán, no contaminarán, dice el Señor, en toda la santidad de mi monte.*—Calló Marcelo un poco luégo que dijo esto, y luégo tornó á decir: Bastará si os parece, para lo que toca al nombre de REY, lo que habemos agora dicho, dado que mucho más se pudiera decir: mas es bien que repartamos el tiempo con lo que resta. Y tornó luégo á callar. Y descansando, y como recogiendo todo en sí mismo por un espacio pequeño, alzó después los ojos al cielo, que ya estaba sembrado de estrellas, y teniéndolos en ellas como enclavados, comenzó á decir así.

### §. III.

Explicase qué cosa es paz, cómo Cristo es su autor, y por tanto llamado PRÍNCIPE DE PAZ.

Quando la razón no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender, cuán amable cosa sea la paz; esta vista hermosa del cielo que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan de ello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es sino paz, ó ciertamente una imagen perfecta de paz, esto que agora vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene á los ojos? Que si la paz es, como San Agustín (1) bre-

(1) Aug. de Civ. Dei, lib. xix. cap. 13. edit. Ben. An. 1700. tom. vii, col. 421.

ve y verdaderamente concluye, una orden sosegada, ó un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden; eso mismo es lo que nos descubre agora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas puesto como en ordenanza, y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina, ni la turba en su oficio, ni menos olvidada del suyo rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la providencia: antes como hermanadas todas, y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas á otras, y todas juntas templan á veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera.

Y si así se puede decir, no sólo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica, cuán excelentes bienes son los que la paz en sí contiene, y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregón sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace, se ve y entiende bien la eficacia suya, y lo mucho que las persuade. Porque luégo como convencidas de cuanto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas á pacificar en sí mismas, y á poner á cada una de sus partes en orden. Porque si estamos atentos á lo secreto que en nosotros pasa, veremos que este concierto y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego: y veremos que con sólo tener los ojos enclavados en él con atención, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros, y las afecciones turbadas, que confusamente movían ruido en nuestros pechos de día, se van quietando poco á poco, y como adormeciéndose se reposan, tomando cada una su asiento; y reduciéndose á su lugar propio, se ponen sin sentir en su sujeción y concierto. Y veremos que así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razón, se levanta, y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y

como en una cierta manera se recuerda de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte, y huella sobre ello. Y así puesta ella en su trono como emperatriz, y reducidas á sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico.

Mas qué digo de nosotros, que tenemos razón? Esto insensible, y aquesto rudo del mundo, los elementos, y la tierra, y el aire, y los brutos se ponen todos en orden, y se quietan luégo que poniéndose el sol, se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen agora todas las cosas, y cómo parece que mirándose en este espejo bellissimo se componen todas ellas, y hacen paz entre sí, vueltas á sus lugares y oficios, y contentas con ellos? Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz, y así donde quiera que la ven, la aman. Y no sólo ella, mas la vista de su imagen de ella las enamora, y las enciende en codicia de asemejársele, porque todo se inclina fácil y dulcemente á su bien. Y aun si confesamos, como es justo confesar, la verdad, no solamente la paz es amada generalmente de todos, mas sola ella es amada y seguida y procurada por todos. Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz: y este es el blanco adonde enderezan su intento, y el bien á que aspiran todas las cosas. Porque si navega el mercader, y si corre las mares, es por tener paz en su codicia que le solicita y guerrea. Y el labrador en el sudor de su cara, y rompiendo la tierra, busca paz, alejando de sí, cuanto puede, al enemigo duro de la pobreza. Y por la misma manera el que sigue el deleite, y el que anhela á la honra, y el que brama por la venganza, y finalmente todos y todas las cosas buscan la paz en cada una de sus pretensiones. Porque ó siguen algún bien que les falta, ó huyen algún mal que los enoja.

Y porque así el bien que se busca, como el mal que se padece ó se teme, el uno con su deseo y el otro con su miedo y dolor, turban el sosiego del alma, y son como enemigos suyos que le hacen guerra; colígese manifiestamente, que es huir la guerra, y buscar la paz, todo cuanto se hace. Y si la paz es tan grande y tan único bien, quién podrá ser Príncipe

de ella, esto es, causador de ella y principal fuente suya, sino ese mismo que nos es el principio y el autor de todos los bienes, Jesucristo Señor y Dios nuestro? Porque si la paz es carecer de mal que aflige, y de deseo que atormenta, y gozar de reposado sosiego; sólo Él hace exentas las almas del temer, y las enriquece de tal manera, que no les queda cosa que poder desear. Mas para que esto se entienda, será bien que digamos por su orden, qué cosa es paz, y las diferentes maneras que de ella hay, y si Cristo es PRINCIPE y autor de ella en nosotros según todas sus partes y maneras, y de la forma en cómo es su autor y su PRINCIPE.

—Lo primero de esto que proponéis, dijo entonces Sabino, paréceme, Marcelo, que está ya declarado por vos en lo que habéis dicho hasta agora, adonde lo probastes con la autoridad y testimonio de San Agustín.—Es verdad que dije, respondió luégo Marcelo, que la paz, según dice San Agustín, es no otra cosa, sino una orden sosegada, ó un sosiego ordenado. Y aunque no pienso agora determinarla por otra manera, porque esta de San Agustín me contenta; todavía quiero insistir algo acerca de esto mismo que San Agustín dice, para dejarlo más enteramente entendido. Porque como veis, Sabino, según esta sentencia, dos cosas diferentes son las de que se hace la paz, conviene á saber, sosiego, y orden. Y hácese de ellas así, que no será paz, si alguna de ellas, cualquiera que sea, le faltare. Porque lo primero, la paz pide orden, ó por mejor decir, no es ella otra cosa, sino que cada una cosa guarde y conserve su orden. Que lo alto esté en su lugar, y lo bajo por la misma manera: que obedezca lo que ha de servir, y lo que es de suyo señor, que sea servido y obedecido: que haga cada uno su oficio, y que responda á los otros con el respeto que á cada uno se debe. Pide lo segundo sosiego la paz. Porque aunque muchas personas en la república, ó muchas partes en el alma y en el cuerpo del hombre conserven entre sí su debido orden, y se mantengan cada una en su puesto; pero si las mismas están como bullendo para desconcertarse, y como forcejeando entre sí para salir de su orden; aun antes que consigan su intento, y se desordenen, aquel mismo bullicio suyo, y aquel movimiento destierra la paz de ellas; y el moverse, ó el caminar á la desorden,

ó siquiera el no tener en la orden estable firmeza, es sin duda una especie de guerra.

Por manera que la orden sola, sin el reposo, no hace paz; ni al revés el reposo y sosiego, si le falta la orden. Porque una desorden sosegada, si puede haber sosiego en la desorden; pero si le hay, como de hecho le parece haber en aquellos en quien la grandeza de la maldad, confirmada con la larga costumbre, amortiguando el sentido del bien, hace asiento: así que el reposo en la desorden y mal, no es sosiego de paz, sino confirmación de guerra; y es como en las enfermedades confirmadas del cuerpo, pelea, y contienda, y agonia incurable. Es, pues, la paz sosiego y concierto. Y porque así el sosiego como el concierto dicen respecto á otro tercero, por eso propiamente la paz tiene por sujeto á la muchedumbre: porque en lo que es uno, y del todo sencillo, si no es refiriéndolo á otro, y por respecto de aquello á quien se refiere, no se asienta propiamente la paz. Pues cuanto á este propósito pertenece, podemos comparar el hombre y referirlo á tres cosas. Lo primero á Dios: lo segundo á ese mismo hombre, considerando las partes diferentes que tiene y comparándolas entre sí: y lo tercero á los demás hombres y gentes con quien vive y conversa. Y según estas tres comparaciones entendemos luego, que puede haber paz en él por tres diferentes maneras. Una, si estuviere bien concertado con Dios; otra, si él dentro de sí mismo viviere en concierto; y la tercera, si no se atraviesare y encontrare con otros.

La primera consiste en que el alma esté sujeta á Dios y rendida á su voluntad, obedeciendo enteramente sus leyes; y en que Dios, como en sujeto dispuesto, mirándola amorosa y dulcemente, influya el favor de sus bienes y dones. La segunda está en que la razón mande, y el sentido y los movimientos de él obedezcan á sus mandamientos: y no sólo en que obedezcan, sino en que obedezcan con presteza y con gusto, de manera que no haya alboroto entre ellos ninguno, ni rebeldía, ni procure ninguno porque la haya; sino que gusten así todos del estar á una, y les sea así agradable la conformidad, que ni traten de salir de ella, ni por ello forcejen. La tercera es dar su derecho á todos cada uno, y recibir cada uno de todos aquello que se le debe, sin pleito ni con-

tienda. Cada una de estas paces es para el hombre de grandísima utilidad y provecho, y de todas juntas se compone y fabrica toda su felicidad y bienandanza. La utilidad de la postrera manera de paz, que nos ajunta estrechamente, y nos tiene en sosiego á los hombres unos con otros, cada día hacemos experiencia de ella; y los llorosos males que nacen de las contiendas, y de las diferencias, y de las guerras, nos la hacen más conocer y sentir.

El bien de la segunda, que es vivir concertada y pacíficamente consigo mismo, sin que el miedo nos estremezca, ni la afición nos inflame, ni nos saque de nuestros quicios la alegría vana, ni la tristeza, ni menos el dolor nos envilezca y encoja, no es bien tan conocido por la experiencia (porque por nuestra miseria grande, son muy raros los que hacen experiencia de él) mas convécese por razón, y por autoridad claramente. Porque qué vida puede ser la de aquel, en quien sus apetitos y pasiones, no guardando ley ni buena orden alguna, se mueven conforme á su antojo? La de aquel que por momentos se muda con aficiones contrarias? y no sólo se muda, sino muchas veces apetece y desea juntamente; lo que en ninguna manera se compadece estar junto? ya alegre, ya triste, ya confiado, ya temeroso, ya vil, ya soberbio. O qué vida será la de aquel en cuyo ánimo hace presa todo aquello que se le pone delante? del que todo lo que se le ofrece al sentido desea? del que se trabaja por alcanzarlo todo? y del que revienta con rabia y coraje, porque no lo alcanza? del que lo que alcanza hoy, lo aborrece mañana, sin tener perseverancia en ninguna cosa más de en ser inconstante? Qué bien puede ser bien entre tanta desigualdad? O cómo será posible que un gusto tan turbado halle sabor en ninguna prosperidad ni deleite? O por mejor decir, ¿cómo no turbará, y volverá de su cualidad malo y desabrido á todo aquello que en él se infundiere? No dice esto mal, Sabino, vuestro poeta (1):

A quien teme ó sesea sin mesura,  
su casa y su riqueza así le agrada  
como á la vista enferma la pintura:

(1) Horat. Epist. lib. 1, epist. 11, vv. 51 y 54.

Como á la gota el ser muy fomentada,  
ó como la vihuela en el oído,  
que la podre atormenta amontonada.

Si el vaso no está limpio, corrompido  
aceda todo aquello que infundieres.

Y mejor, mucho y más brevemente el Profeta diciendo (Isai., c. LVII, v. 20): *El malo como mar que hierve, que no tiene sosiego.* Porque no hay mar brava en quien los vientos más furiosamente ejecuten su ira, que iguale á la tempestad y á la tormenta, que yendo unas olas, y viniendo otras, mueven en el corazón desordenado del hombre sus apetitos y sus pasiones. Las cuales á las veces le oscurecen el día, y le hacen temerosa la noche, y le roban el sueño, y la cama se la vuelve dura, y la mesa se la hacen trabajosa y amarga, y finalmente no le dejan una hora de vida dulce y apacible de veras. Y así concluye diciendo (Ibid., v. 21): *Dice el Señor, no cabe en los malos paz.* Y si es tan dañosa aquesta desorden, el carecer de ella, y la paz que la contradice, y que pone orden en todo el hombre, sin duda es gran bien. Y por semejante manera se conoce cuán dulce cosa es, y cuán importante es el andar á buenas con Dios y el conservar su amistad, que es la tercera manera de de paz, que decíamos, y la primera de todas tres. Porque de los efectos que hace su ira en aquellos contra quien mueve guerra, vemos por vista de ojos, cuán provechosa é importante es su paz.

Jeremías en nombre de Jerusalém encarece con lloro el estrago que hizo en ella el enojo de Dios, y las miserias á que vino por haber trabado guerra con Él (Jer. Tren., c. II, vv. 3 y 5). *Quebrantó, dice, con ira y braveza toda la fortaleza de Israel, hizo volver atrás su mano derecha delante del enemigo, y encendió en Jacob como una llama de fuego abrasante en derredor. Flechó su arco como contrario, refirmó su derecha como enemigo, y puso á cuchillo todo lo hermoso, y todo lo que era de ver en la morada de la hija de Sión, derramó como fuego su gran coraje. Volvióse Dios enemigo, despeñó á Israel, asoló sus muros, deshizo sus reparos; colmó á la hija de Judá de bajeza y miseria.* Y va por aquesta manera prosiguiendo muy largamente. Mas en el libro de Job se ve como dibujado el miserable mal que pone Dios en el corazón de aquellos contra quien se muestra eno-

jado (Job, c. XV, vv. 21, 22, 24): *Sonido, dice, de espanto siempre en sus orejas, y cuando tiene paz, se recela de alguna celada, no cree poder salir de tinieblas y mira en derredor recatándose por todas partes de la espada..... atemorizale la tribulación, y cércale á la redonda la angustia.* Y sobre todos refiriendo Job sus dolores, pinta singularmente en sí mismo el estrago que hace Dios en los que se enoja. Y decirlo he en la manera que nuestro común amigo en verso castellano lo dijo. Dice, pues (Job, c. XIX, vv. 8, 11):

Veo que Dios los pasos me ha tomado,  
cortádome la senda, y con oscura  
tiniebla mis caminos ha cerrado.

Quitó de mi cabeza la hermosura  
del rico resplandor oon que iba al cielo,  
desnudo me dejó con mano dura.

Cortóme en derredor, y vine al suelo  
cual árbol derrocado: mi esperanza  
el viento la llevó con presto vuelo.

Mostró de su furor la gran pujanza  
airado, y triste yo, como si fuera  
contrario, así de sí me aparta y lanza.

Corrió como en tropel su escuadra fiera,  
y vino y puso cerco á mi morada,  
y abrió por medio de ella gran carrera.

Y si del tener por contrario á Dios, y del andar en bandos con Él naçen estos daños; bien se entiende que carecerá de ellos el que se conservare en su paz y amistad: y no sólo carecerá de estos daños, mas gozará de señalados provechos. Porque como Dios enojado y enemigo es terrible, así amigo y pacífico es liberal y dulcísimo. Como se ve en lo que Isaias en su persona de él dice, que hará con la congregación santa de sus amigos y justos (Isai., c. LXVI, vv. 10, 13). *Alegraos con Jerusalém, dice, y regocijaos con ella todos los que la queréis bien: gozaos, gozaos mucho con ella todos los que la lloráades, para que á los pechos de su contento puestos los gustéis, y os haréis, para que los exprimáis, y tengáis sobra de los deleites de su perfecta gloria.* Porque el Señor dice así: *Yo derivaré sobre ella como un río de paz, y como una avenida creciente la gloria de las gentes de que gozaréis: traeros han á los pechos, y sobre las rodi-*

*Uas puestos os harán regalos: como si una madre acariciase á su hijo, así yo os consolaré á vosotros: con Jerusalém seréis consolados.* Así que cada una de estas tres paces es de mucha importancia. Las cuales aunque parecen diferentes, tienen entre sí cierta conformidad y orden, y nacen de la una de ellas las otras por aquesta manera. Porque del estar uno concertado y bien compuesto dentro de sí, y del tener paz consigo mismo, no habiendo en él cosa rebelde que á la razón contradiga, nace como de fuente, lo primero el estar en concordia con Dios, y lo segundo el conservarse en amistad con los hombres.

Y digamos de cada una cosa por sí. Porque cuanto á lo primero, cosa manifiesta es, que Dios, cuando se nos pacifica, y de enemigo se amista, y se desenoja y ablanda, no se muda Él, ni tiene ótro parecer ó querer de aquel que tuvo desde toda la eternidad sin principio, por el cual perpetuamente aborrece lo malo y ama lo bueno, y se agrada de ello: sino el mudarnos nosotros, usando bien de sus gracias y dones, y el poner en orden á nuestras almas, quitando lo torcido de ellas, y lo contumaz, y rebelde, y pacificando su reino, y ajustándolas con la ley de Dios; y por este camino, el quitarnos del cuento y de la lista de los perdidos y torcidos que Dios aborrece, y traspasarnos al bando de los buenos que Dios ama, y ser del número de ellos; eso quita á Dios de enojo, y nos torna en su buena gracia. No porque se mude ni altere Él, ni porque comience á amar agora otra cosa diferente de lo que amó siempre; sino porque mudándonos nosotros, venimos á figurarnos en aquella manera y forma que á Dios siempre faé agradable y amable. Y así Él cuando nos convida á su amistad por el Profeta, no nos dice que se mudará Él, sino pidenos que nos convirtamos á Él nosotros, mudando nuestras costumbres. *Convertíos á mí,* dice (Zachar., c. 1, v. 3) *y Yo me convertiré á vosotros.* Como diciendo, volveos vosotros á mí, que haciendo vosotros esto, por el mismo caso Yo estoy vuelto á vosotros, y os miro con los ojos y con las entrañas de amor, con que siempre estoy mirando á los que debidamente me miran. Que como dice David en el Salmo (Ps. xxxiii, v. 16): *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos en sus ruegos de ellos.*

Así que Él mira siempre á lo bueno con vista de a proba-

ción y de amor. Porque, como sabéis, Dios y lo que es amado de Dios, siempre se están mirando entre sí, y como si dijésemos, Dios es el que ama, y el que ama á Dios en ese mismo Dios tiene siempre enclavados los ojos. Dios mira por él con particular providencia, y él mira á Dios para agradarle con solicitud y cuidado. De lo primero dice David en el Salmo (Ps. xxxiii, v. 16): *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos á los ruegos de ellos.* De lo segundo dicen ellos también (Ps. cxxii, v. 2): *Como los ojos de los siervos miran con atención á las manos y á los semblantes de sus señores, así nuestros ojos los tenemos fijados en Dios.* Y en los Cantares (Cant. c. ii, v. 14) pide el esposo al ánima justa que le muestre la cara, porque ese es el oficio del justo. Y á muchos justos, en las sagradas letras en particular, para decirles Dios que sean justos, y que perseveren y se adelanten en la virtud, les dice así, y les pide que no se escondan de Él, sino que anden en su presencia, y que le traigan siempre delante. Pues cuando dos cosas en esta manera juntamente se miran, si es así que la una de ellas es inmutable, y si con esto acontece que se dejen de mirar algún tiempo; eso de necesidad avendrá, porque la otra, que se podía torcer, usando de su poder volvió á otra parte la cara: y si tornaren á mirarse después, será la causa, porque aquella misma que se torció y escondió, volvió otra vez su rostro hácia la primera, mudándose. Y de aquesta misma manera, estándose Dios firme é inmutable en sí mismo, y no habiendo más alteración en su querer y entender, que la hay en su vida y en su ser, porque en Él todo es una misma cosa, el ser y el querer: nuestra mudanza miserable, y las veces de nuestro albedrío, que como vientos diversos juegan con nosotros, y nos vuelven al mal por momentos, nos llevan á la gracia de Dios ayudados de ella, y nos sacan de ella con su propia fuerza mil veces. Y mudándome yo, hago que parezca Dios mudarse conmigo, no mudándose Él nunca. Así que por el mismo caso que lo torcido de mi alma se destuerce, y lo alborotado de ella se pone en paz, y se vuelve, vencidas las nieblas y la tempestad del pecado, á la pureza, y á lo sereno de la luz verdadera; Dios luégo se desenoja con ella. Y de la paz de ella consigo misma, criada en ella por Dios, nace la paz segunda, que, como dijimos, consiste en que

Dios y ella, puestos aparte los enojos, se amen y quieran bien. Y de la misma manera el tener uno paz consigo, es principio certísimo para tenerla con todos los otros.

Porque sabida cosa es, que lo que nos diferencia, y lo que nos pone en contienda y en guerra á unos con otros, son nuestros deseos desordenados; y que la fuente de la discordia y rencilla siempre es y fué la mala codicia de nuestro vicioso apetito. Porque todas las diferencias y enojos que los hombres entre si tienen, siempre se fundan sobre la pretensión de algunos de estos bienes, que llaman bienes los hombres, como son, ó el interés, ó la honra, ó el pasatiempo y deleite: que como son bienes limitados, y que tienen su cierta tasa, habiendo muchos que los pretendan sin orden, no bastan á todos, ó vienen á ser para cada uno menores, y así se embarazan, y se estorban los unos á los otros, aquellos que sin rienda los aman. Y del estorbo nace el disgusto, y de él el enojo, y al enojo se le siguen los pleitos, y las diferencias, y finalmente las enemistades capitales, y las guerras. Como lo dice Santiago cuasi por estas mismas palabras (Jacob. capit. iv, v. 1.): *De dónde hay en vosotros pleitos y guerras, sino por causa de vuestros deseos malos?* Y al revés el hombre de ánimo bien compuesto, y que conserva paz y buena orden consigo, tiene atajadas y como cortadas cuasi todas las ocasiones, y cuanto es de su parte sin duda todas las que le pueden encontrar con los hombres. Que si los otros se desentrañan por estos bienes, y si á rienda suelta y como desalentados siguen en pos del deleite, y se desuelan por las riquezas, y se trabajan y fatigan por subir á mayor grado y á mayor dignidad adelantándose á todos: este que digo, no se les pone delante para hacerles dificultad, ó para cerrarles el paso: antes haciéndose á su parte, y rico y contento con los bienes que posee en su ánima, les deja á los demás campo ancho, y cuanto es de su parte bien desembarazado, adonde á su contento se espacien. Y nadie aborrece al que en ninguna cosa le daña. Y el que no ama lo que los otros aman, y ni quiere ni pretende quitar de las manos y de las uñas á ninguno su bien, no daña á ninguno.

Así que como la piedra que en el edificio está asentada en su debido lugar, ó por decir cosa más propia, como la

cuerda en la música debidamente templada en sí misma, hace música dulce con todas las demás cuerdas sin disonar con ninguna; así el ánimo bien concertado dentro de sí, y que vive sin alboroto, y tiene siempre en la mano la rienda de sus pasiones, y de todo lo que en él puede mover inquietud y bullicio, consuena con Dios, y dice bien con los hombres, y teniendo paz consigo mismo, la tiene con los demás. Y como dijimos, aquestas tres paces andan eslabonadas entre sí mismas, y de la una de ellas nacen como de fuentes las otras, y esta de quien nacen las demás, es aquella que tiene su asiento en nosotros. De la cual San Agustín dice bien en esta manera (1): *Vienen á ser pacíficos en sí mismos, los que poniendo primero en concierto todos los movimientos de su ánima, y sujetándolos á la razón, esto es, á lo principal del alma y espíritu, y teniendo bien domados los deseos carnales, son hechos reino de Dios, en el cual todo está ordenado así que mande en el hombre, lo que en él es más excelente; y lo demás en que convenimos con los animales brutos, no le contradiga; y eso mismo excelente, que es la razón, esté sujeto á lo que es mayor que ella, esto es, á la verdad misma, y al Hijo unigénito de Dios, que es la misma verdad. Porque no le será posible á la razón tener sujeto lo que es inferior, si ella á lo que superior le es, no sujetare á sí misma. Y esta es la paz que (Luc. cap. ii, v. 14.) se concede en el suelo á los hombres de buena voluntad, y la en que consiste la vida del sabio perfecto.*

Mas dejando esto aquí, averigüemos agora y veamos, que ya el tiempo lo pide, qué hizo Cristo para poner el reino de nuestras almas en paz, y por dónde es llamado PRINCIPE de ella. Que decir que es PRINCIPE de aquesta obra, es decir, no sólo que Él la hace, más que es sólo Él el que la puede hacer, y que es el que se aventaja entre todos aquellos que han pretendido el hacer este bien: lo cual ciertamente han pretendido muchos, pero no les ha sucedido á ninguno. Y así habemos de asentar por muy ciertas dos cosas; una, que la religión, ó la policía, ó la doctrina ó maestría que no engendra en nuestras ánimas paz, y composición de afectos y de cos-

(1) *De Serm. Dom. in monte*, lib. I. cap. 2. edit. Ben. An. 1700. Tom. III. P. II. column. 120. a.